

3305-9

DISCURSO

pronunciado

EN EL CÍRCULO LIBERAL CONSERVADOR

en la tarde del 23 de Octubre de 1887

POR EL EXCMO. SR.

D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.



MADRID

LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO, EDITOR
Calle de Preciados, núm. 5.

1887

DISCURSO

pronunciado

EN EL CÍRCULO LIBERAL CONSERVADOR

en la tarde del 23 de Octubre de 1887

POR EL EXCMO. SR.

D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.



MADRID

LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO, EDITOR

Calle de Preciados, núm. 5.

1887

Publicado por acuerdo del Círculo liberal
conservador.

DISCURSO PRONUNCIADO

POR EL

EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Al comenzar, señores, esta conversación amistosa, mi primer deber es daros las gracias por la manera cordialísima y cariñosísima con que acabáis de recibirme. Estoy muy acostumbrado á las pruebas de benevolencia del partido conservador; pero lealmente declaro que estas pruebas, de tal suerte se multiplican y de tal manera se hacen mayores cada día, que ya no cabe en los límites de lo natural el agradecerlas. Reciban ustedes, pues, todos, y antes de que diga una sola palabra de política, el testimonio sincero de mi más profunda gratitud. (*¡Muy bien, muy bien!*)

Saludo á todos mis amigos políticos aquí reunidos, que al propio tiempo son, por feliz coincidencia, mis amigos particulares, y entre ellos saludo muy especialmente á aquellos que, durante el período de tregua que nuestras costumbres establecen en la vida política, han mantenido enhiesta la bandera del partido liberal conservador, presentando en una forma ó en otra sus soluciones constantemente delante de los actos y, bien puedo decirlo desde ahora, de los errores del Gobierno. (*¡Muy bien, muy bien!*)

Estando más cerca de las cosas, y sintiendo más los efectos de estos errores por su propia cercanía, estimándolos quizá con mayor exactitud por lo mismo que los veían vecinos, los insignes campeones del partido conservador que han permanecido dentro del territorio español durante esta temporada, y que por medio de al palabra ó de la prensa han defendido nuestras ideas, han cumplido todos como buenos; y yo, al venir después de este período de lucha, á que no he tenido la hon-

ra de asistir, consideraría que no cumplía uno de mis primeros deberes si no les die-
ra, como les he dado, las más expresivas
gracias en mi nombre, y creo que puedo
decir en nombre del partido entero. (*¡Muy
bien, muy bien!*)

Luchando valerosamente con los adver-
sarios políticos y con las circunstancias,
acaso les haya sorprendido en alguna oca-
sión, ó en más de alguna ocasión, aunque
haya yo procurado hacer desde lejos las
reservas convenientes para evitar equivo-
caciones, la especie de optimismo que res-
plandecía en muchas de las palabras que se
me atribuían.

Todos los señores que me escuchan sa-
ben lo que son este género de conferen-
cias políticas; por poca afición que se les
tenga, es imposible sustraerse á ellas en
ciertas ocasiones; y los que escuchan,
alguna vez escuchan de buena fe; alguna
vez escuchan teniendo todos los medios
naturales para escuchar bien y compren-
der bien lo que escuchan; pero en conver-
saciones rápidas y breves, pueden hacer-

se totalmente cargo de las verdaderas ideas y de los verdaderos sentimientos que ante ellos se exponen? Yo de buena fe no hubiera podido acusar á ninguna de las personas que han podido padecer errores respecto de mis conceptos. De algunas afiliadas al partido conservador respondo de su lealtad, sé que positivamente interpretaron mis pensamientos; y es más, debo declarar que lo hicieron casi en todo, con pocas excepciones, con completa exactitud; pero otras no estaban en las mismas circunstancias para apreciar mis conversaciones, y tenían una razón para equivocarse; aludo en esto, bien á los extranjeros, bien á las personas que pertenecían á distintos campos políticos que el nuestro, y que no podían hacerse bien cargo de que mi optimismo delante del extranjero, y en correspondencias que habrían de publicar los periódicos extranjeros, no podía merecer nunca este nombre, sino el nombre de patriotismo. (*¡Muy bien, muy bien!*)

En la transformación de las costumbres

políticas que hace tanto tiempo persigo como única áncora de salvación para nuestro país, quizá no hay nada que tan imperiosa mudanza necesite como el que los españoles, y sobre todo aquellos que por sus antecedentes, por su historia y por la autoridad de su palabra más ó menos justamente merecen ser escuchados, se miren mucho en lo que dicen de su patria en presencia del extranjero. (*Aplausos.*)

El hacer la oposición, y más una oposición acerba al Gobierno de nuestro país, á los Gobiernos que representan á nuestra patria, y que en cualquier cuestión grave han de defender su bandera, eso está lleno de peligros que impremeditadamente se han podido correr muchas veces, y yo vivamente deseo que en adelante nadie pueda incurrir en semejante pecado. Con estas convicciones, era natural que procurase yo dar el primer ejemplo. (*¡Muy bien!*)

Yo he dicho, pues, en todas partes, y á quien me ha preguntado, que la situación de España no era la que se temía en el extranjero, no era la que se había temido, ni

la que se podía temer; he tranquilizado á los que podían dudar del porvenir de nuestras instituciones, de la firmeza de esas instituciones mismas, y aun del desarrollo de nuestro progreso nacional, porque ni su poderío ni su riqueza pública podían ser comprometidos por nadie. Pero hay que advertir, y éste es el fundamento del error á que he aludido antes, que en el extranjero raras veces se desea saber lo que les acontece á tales ó cuáles Ministerios particulares, y mucho menos á los individuos más ó menos elevados que forman parte de estos Ministerios; esas cuestiones tienen para nosotros incontestable importancia; en el extranjero, y sin querer, lo que se preguntan todos es lo siguiente: Las instituciones de España, la Monarquía de España ¿está segura? ¿Se puede contar con la paz, con la seguridad, con el progreso de la Monarquía española?

A semejante pregunta he respondido y respondo constantemente: contad con ello.

Felizmente, en todas partes inspira confianza la actitud del pueblo español; en to-

das partes se preguntan qué quiere decir esto, en un país tantas veces perturbado por las revoluciones, en un país que tan inseguro se ha presentado siempre, ó por lo menos desde hace cerca de un siglo, á los ojos de las naciones civilizadas; en todas partes se preguntan: ¿cuál es el secreto de esto que se anuncia, de esta seguridad en lo presente y en lo por venir? A esto he respondido puramente, sin hacer otra cosa que confirmar lo que está en el sentimiento público general de Europa y aun de todo el mundo civilizado, que la base de esta firmeza consistía en que, después de haber pasado por la más temerosa de las crisis monárquicas por que puede pasar un país, la Monarquía estaba en España de tal suerte representada, que cada día ahondaba sus raíces y ofrecía una base más profunda y más robusta, así para la consolidación de la paz y la consolidación de las instituciones, como para la prosperidad nacional.

No he necesitado yo ser pregonero, que con gusto lo habría sido, de las virtudes y acierto de S. M. la Reina regente; en ver-

dad, todo el mundo lo esperaba; en verdad, todo el mundo lo comprendía, y á nadie he visto que se sorprendiese por esto. Otras cosas tenía que reservar bastante más mi modestia de hombre de partido, mi modestia de individuo del partido conservador; pero, en fin, esta modestia no era lícito, pues que se trataba de mi partido, no era lícito, digo, que fuera tanta que yo pudiese callar allí, como no callo aquí, ni en ninguna parte, que este resultado ó este estado de cosas, en grandísima parte se debe al partido liberal-conservador. (*¡Muy bien, muy bien!*)

Nosotros hemos dado y estamos dando, no el ejemplo que ordinariamente se pretende que damos; no tanto ése, aunque también le damos, sino uno mucho mayor y desconocido en España, por desgracia nuestra, hasta el presente. Nosotros no estamos dando el ejemplo de una benevolencia, como vulgarmente se llama, que tiene y debe tener poquísima aplicación en las cosas prácticas de la política y en los altos negocios del Estado; nosotros no damos

prueba de aparente longanimidad, que no tendríamos derecho á dar frente á frente de los grandes principios é intereses que representamos, sino que nosotros estamos cumpliendo con nuestros deberes, y con eso basta.

Lo que nosotros hacemos por vez primera en España, quizá por vez primera desde los primeros tiempos del régimen constitucional, es dar el ejemplo de una oposición que no se coaliga con todo género de enemigos contra el Gobierno, que no sacrifica ningún interés de la autoridad, ni mucho menos de las instituciones, á su causa; que no profundiza jamás la crítica hasta socavar los cimientos de las instituciones; que no transige, ni transigirá nunca, con los enemigos de las instituciones, y que donde quiera que vea la lucha de las instituciones monárquicas contra cualquier género de adversarios, estará siempre al lado del Gobierno constituido que las defienda, cualquiera que él sea.

Si en otros tiempos se han visto coaliciones de toda especie para derribar Go-

biernos; si hay partidos que, desgraciadamente, nos han dado frecuentes y tristes ejemplos de este género de coaliciones, y si delante de estas coaliciones se ha podido á veces juzgar en peligro la paz pública (aunque tal vez no lo estuviese tanto), nosotros quitamos todo pretexto á estas alarmas, porque nosotros no amenazamos directa ni indirectamente la paz pública por medio de actos directos nuestros, que serían en nosotros verdaderas traiciones, ni aun siquiera con nuestra complicidad. No; ni autores de rebeldías, ni cómplices de rebeldías por ningún interés de partido.

¿Por qué se ha de llamar á esto benevolencia? Esto no entiendo yo que lo hace el partido conservador por complacer á nadie; esto lo hace el partido conservador por complacerse á sí mismo; esto lo hace por servir su causa, por sus principios; esto lo hace por servir á todo aquello que está en la patria por encima de cualquier interés individual ó colectivo.

Nosotros, y no es ésta la primera vez que lo digo, nunca hemos hablado de benevo-

lencia; nosotros hemos tenido siempre el propio lenguaje que tengo yo en este instante, y que con gusto veo que merece vuestra aprobación. Jamás, puedo decirlo muy alto sin temor de que me desmienta nadie, ni aun en lo más profundo de su conciencia, jamás he entibiado yo el ardor de ningún amigo que haya querido combatir sin cuartel por los principios, jamás he detenido brazo alguno de mis amigos que, en la lucha por las doctrinas y por los principios, se haya descargado más ó menos pesadamente sobre el adversario. No; en la lucha de los principios, en la lucha de las doctrinas, hemos sido tan enérgicos como debíamos serlo, y nadie se nos ha adelantado, ni en este camino se nos adelantará.

Aquí se ha hecho, sin embargo, como se había hecho otras veces, la conveniente distinción, que me parece bien clara, de que las luchas de doctrina, de principios y de intereses públicos no son pugilatos de pasiones personales. Puede llevarse á ellas la pasión, cabe llevarla, pero es un género.

de pasión mucho más alto, es un género de pasión que desdeña con frecuencia las pequñeces, que desdeña las malas artes, que no se atribuye la injuria y la calumnia como procedimiento ordinario y necesario.

La pasión noble, la pasión honrada tiene acentos de indignación para todos aquellos tristes errores que pueden proporcionar aún á nuestra patria días amargos, acentos de noble indignación, de enérgica protesta salidos del corazón, engendrados en el entendimiento, robustecidos por la reflexión, por las meditaciones y por el estudio; pero que no son ruines satisfacciones de mortificación ó de venganza. (*Aplausos.*)

Si en estos casos se notan algunas veces imperfecciones, ya que la imperfección es cosa intrínseca en todo lo que es humano, al menos no será nunca nuevo sistema el que estoy combatiendo, y bien puedo decir ahora, como testigo de mayor excepción, que la prensa conservadora, naturalmente colocada á la vanguardia del parti-

do, que tiene que pelear todos los días en las guerrillas, que en este combate diario no siempre puede tratar las cuestiones de doctrina, sino que se ve obligada á tratar las cuestiones que las circunstancias van presentando en la vida práctica, aun cuando sea su deber ser más ardiente, nunca, en ningún caso ha dirigido contra los hombres constituídos en autoridad, ó que hayan podido estarlo, los ataques de que en no pocas ocasiones he sido yo víctima, excusando muchas veces la defensa, sin duda por no mancharse con las diatribas de nuestros adversarios. (*Aplausos.*)

No quiero decir con estas palabras que de todos nuestros adversarios en general pueda yo tener motivo de queja; en el fondo, no las tengo de nadie.

Reconozco que he sido y soy objeto, de parte de nuestros adversarios, de consideraciones superiores á mis merecimientos; y cuando no lo he sido, y cuando no sólo han dejado de tenerme consideraciones, sino que he sido tratado injustamente, me

ha bastado casi siempre por toda satisfacción, un silencioso desprecio.

Pero, en fin, lo que yo he querido establecer con esta breve digresión es, que cierta moderación en los procedimientos no nace sólo de mí, sino que debe estar, por fortuna, en la masa del partido conservador, cuando esta tendencia llega á todas partes, hasta á los combates, por su naturaleza candentes, de la prensa periódica.

No hay, pues, en el partido conservador sentimientos diversos ni puntos de vista diferentes; podrá haber, como en toda lucha, las naturales diferencias de temperamento; pero en el fondo, me parece que todos estamos de acuerdo, y vuestra actitud al oír las palabras que acabo de pronunciar me lo confirman.

Con estos procedimientos, que han sido los empleados hasta ahora por el partido conservador, espero que continuaremos en adelante. El que pongamos únicamente la mira en las doctrinas y en los altos intereses del Estado, no significa que no miremos con profundo dolor todo aquello que pueda

conducir á graves males para el país, y mucho menos significa, que hayamos de excusar la censura acerba de todos aquellos actos del Gobierno distintos de las cuestiones mismas de principios que sucesivamente vayan presentándose.

Si yo hubiera deseado abandonar en el extranjero la reserva de que antes os he hablado, si yo hubiera juzgado oportuno decir mi opinión, ¿por ventura habría callado respecto de la conducta del Gobierno en la cuestión de Marruecos? ¿Habría callado delante de un movimiento inexplicable de provocación, en un asunto que todos nuestros intereses políticos nos mandan dejar dormir cuanto humanamente se pueda? Aun dejando aparte la cuestión de derecho y de vecindad, que no es para despreciada por nadie en estos tiempos, y mucho menos por un partido conservador; aun examinando la cuestión bajo el punto de vista meramente práctico y ciñéndome á considerarla de esta manera, es evidente que la nación española, por sus circunstancias, por las desgracias que se han acumu-

lado sobre ella durante tanto tiempo, no está en condiciones, aunque se lo permitiera, repito, el derecho, y aun cuando lo consintieran las buenas relaciones de vecindad, de hacer en Marruecos una política belicosa ó conquistadora.

Ya que delante del extranjero no se puede ni se debe decir, ¿lo hemos de callar entre nosotros? Mientras las cuestiones se tratan en el terreno de los principios, mientras las cuestiones se fratan en el terreno del orden europeo, mientras únicamente se trata de discutir, España es quizá la primera nación en los asuntos de Marruecos; pero en cuanto se mueven armas, en cuanto se agitan batallones, en cuanto se echan al mar los barcos de guerra, en cuanto aparece la fuerza delante de Tánger y en nuestras costas, entonces, súbitamente, venimos á ser uno de los últimos. ¿A qué, pues, provocar ruido de armas? Al ruido provocado por nuestras armas han respondido otras naciones presentando en el puerto de Tánger fuerzas, cuya sola presencia basta para humillar nuestro poder.

No he rehusado yo nunca discutir acerca de los asuntos de Marruecos con otras naciones europeas, y con otros poderes europeos; no he titubeado en hacer entender lo que era la razón en sí misma y lo que era nuestro deber; pero no teniendo de nuestra parte más que el derecho y la razón, y faltando la fuerza, jamás hubiera intentado estériles y vanos alardes de fuerza. (*Aplausos.*)

¿De qué se trataba? ¿De reforzar por ineficaces las guarniciones de Africa? ¿Qué explicación necesita eso? ¿A qué los rumores, á qué los gritos de alarma? Aun suponiendo que el aumento de esas guarniciones fuera indispensable, y que nuestras plazas de Africa pudieran correr el menor peligro; aunque se muriera, no un sultán, sino muchos sultanes sucesivos (*visas*), dada la imposibilidad material del Imperio de Marruecos de acometernos; aunque se tratara de eso, todo Gobierno tiene el derecho de calcular las guarniciones ó sus plazas fuertes como entienda que hace falta, sin necesidad de ninguna explicación pri-

vada ni pública, y sin necesidad de ningún género de publicidad, más que la necesaria para que se sepa que el Gobierno entiende que son cortas las guarniciones de sus plazas fronterizas. (*¡Muy bien!*)

No trataría yo esta cuestión, á pesar de ser éstas mis opiniones, si no quisiera prevenir ahora desde aquí, y más tarde en las Cortes, cosas más graves. Por de pronto, entiendo que es demasiado compleja nuestra posición delante de Marruecos, que son demasiado complejos nuestros pensamientos y nuestros sentimientos; lo son, y han de serlo en lo sucesivo, para que debamos apresurarnos á confiarlos á la diplomacia europea. Pero fuera de esto, fuera de que nuestra política puede modificarse según las circunstancias (y antes de tiempo, y antes de que las circunstancias mismas lo exijan, no es prudente anticipar ni hacer preveer las resoluciones) fuera de esto, hay una peligrosísima, entre todas las ideas que han corrido últimamente; esta idea es, que ya que la conquista no nos convenga, pudiera convenirnos la intervención, ó por

cuenta nuestra, ó como mandatarios de Europa. ¿La intervencióñ para qué? ¿La intervencióñ para que los pueblos marroquíes no se dejen devorar por la guerra civil? ¡Pues no parece sino que nosotros mismos no nos hemos dejado devorar durante muchos años, sin que haya sido, felizmente, necesario que la Europa intervenga en nuestras discordias! ¡Qué filantropismo es ése! Si las tribus de Marruecos se sublevan en tal ó cuál ocasión, si el país es devastado por las unas ó por las otras tribus, nosotros debemos comparecer á ese país; y si algún servicio pudiéramos prestarle que no nos costara dinero, debiéramos prestársele. (*Risas.*) ¿Pero intervenir allí porque estalle la guerra civil?

No es inútil que yo haga en este punto una protesta solemne, ni por cuenta propia, ni por cuenta de Europa; aunque fuera verdad que la Europa entera, cosa que no acontecerá, nos pidiera que tomáramos el encargo de conservar el orden en Marruecos, esto nos costaría tanto como la conquista (véase lo que á Inglaterra le

cuesta en el Egipto), y además sería de un efecto ridículamente platónico. Y, por otra parte, ¿de qué intervención se trata? ¿A quién se piensa salvar? ¿Dónde están, fuera de los puertos, los nacionales nuestros que haya que proteger? Y estos puertos, que son tan contados como todo el mundo sabe; estos puertos, que desde el primer momento estarán custodiados por el mundo entero para defender á sus nacionales; estos puertos, ¿nos los va entregar nadie á nosotros para que los defendamos? ¿Tan poca idea se tiene de las contradicciones de intereses que hay, desgraciadamente, sobre esas cuestiones, como sobre todas las grandes cuestiones políticas y diplomáticas?

Lo primero que nos aparece ¿qué digo que nos aparece? lo primero que nos ha aparecido ya con esta conducta equivocada del Gobierno, es que se hayan agitado á nuestros ojos intereses extranjeros cuya propia evocación, cuya sola evocación debe llenarnos de dolor. Soy de los que han defendido siempre, y no me cansaré

de defender y de repetir, que á nosotros, españoles, no nos está bien lamentarnos continuamente, ni siquiera con frecuencia, de que alguna parte de nuestro territorio esté ocupado por el extranjero. Pero suscitar innecesariamente cuestiones en las cuales nos hemos de encontrar frente á frente, no ya sólo con esa situación desgraciada para España, sino con que se trata de salvar los intereses de esa ocupación misma, eso ya es doble dolor para corazones españoles. (*¡Muy bien!*)

Pero esto que tiene gravedad, y la pudiera tener mucho mayor si se siguieran ciertas corrientes, ofrece una cosa de más gravedad en sí todavía, y que constituye, fuera de la cuestión de principios, el mayor y más fundamental error de los partidos gobernantes. Evidentemente, por lo que se ha hecho respecto á Marruecos, formando brigadas y anunciando ocupaciones, y dejando correr ideas de intervención, y por lo que se hace dentro de España en otras cuestiones, señaladamente en la cuestión militar, indudablemente re-

pito, el partido gobernante no tiene idea ninguna de la verdadera situación de España (*visas*); el partido gobernante desconoce nuestras fuerzas y nuestras flaquezas; el partido gobernante se deja llevar por las preocupaciones, sin escuchar la voz de la triste realidad, que cierra el paso, tarde ó temprano, y más ó menos costosamente, á todas las quimeras.

Si se piensa, ó se ha pensado, ó se ha dejado pensar en un país impresionable, que tenemos recursos y medios de guerra, si no para conquistar, para intervenir en Marruecos, ¿qué tiene de extraño que se piense en proyectos militares de ejércitos formidables que la Hacienda española, y menos que la Hacienda española todavía, la Nación española, no está en el caso y en la posibilidad de sustentar? Ante todo, ¿tiene el Gobierno algún concepto formado respecto de nuestras obligaciones y de nuestras necesidades internacionales? ¿Lo tiene respecto á las necesidades esenciales de nuestra defensa interior? ¿Hay aquí quien crea que España pueda organizarse

como potencia militar ofensiva en medio del armamento universal de la Europa? ¿Hay alguien que crea que lo necesitamos siquiera? ¿Por ventura la cuestión europea, tal como está planteada por los acontecimientos de veinte á veinticinco años á esta parte, que abraza constantemente en su seno una guerra inaudita, formidablemente inaudita, que cada día y cada mes, cuanto más cada año, puede estallar, esa cuestión, por su complicación misma no nos deja á nosotros, con evidencia, un espacio de tiempo que debiéramos aprovechar en cosas distintas de aquellas en que se aprovecha? ¿No nos deja fuera de toda acción y de todo movimiento? ¿Quién es el que ha de pensar en atacarnos, cuando á todo el mundo le hace falta cuanto tiene para su defensa? (*¡Muy bien, muy bien!*) ¿A quién le sobran medios de ofender? ¿Quién busca hoy enemigos en Europa? Nadie necesita buscarlos, porque á todo el mundo le sobran. (*Risas.*)

A nosotros, mientras las actuales circunstancias por que atraviesa Europa du-

ren, mientras no se resuelvan en una dirección determinada, nadie nos ofenderá seguramente. Estamos delante de un período de seguridad temporal, porque, desgraciadamente, no podrá ser eterno, pero estamos en un período de seguridad interior é internacional, no creado seguramente por nosotros, pero creado por causas más poderosas que nosotros y que todo el mundo; por las circunstancias. Pero esto no puede ser eterno, como dije antes; pueden cambiar las circunstancias de Europa, pueden profundamente modificarse por las consecuencias de la primera guerra; la victoria, siempre veleidosa, sabe Dios de qué lado se inclinará la primera vez que se invoque su fallo; y en el instante en que se cambie el estado actual de Europa, ¿quién dice que no puede haber naciones bastante libres de manos para poder iniciar otro género de cuestiones?

Si eso aconteciera, y advierto que no hablo más que en hipótesis; si cosas de esta naturaleza se realizaran; si por virtud de ello nuestra vecina Francia, de quien creo

que á la hora presente no tiene el menor propósito de apropiarse nada en Marruecos, se encontrara en otro género de situación y con otras condiciones para obrar, y tuviera esas ambiciones, ¿quién puede creer que las ambiciones de Francia, como las de cualquier otra nación que las tuviera, y repito que hablo en hipótesis, se contendrían en Ceuta ó en Melilla? No; si hay alguna vez que defender nuestras fronteras de Marruecos, esa defensa se hará en los Pirineos; y cuando los Pirineos están abiertos y desarmados, es ridículo y absurdo hablar de fortificaciones en Ceuta. (*Aplausos.*) ¿Quién, dejándole abierto el camino de Madrid, había de ir á buscarnos á Alhucemas? Y á este propósito decía yo antes: ¿Es que el Gobierno, por ventura, tiene un claro concepto de las necesidades actuales de nuestra defensa militar?

Puesto que evidentemente no estamos comprometidos en una guerra ofensiva; puesto que hay delante de nosotros largo período, en que al menos estas guerras ofensivas son imposibles, ¿qué es lo que el

buen sentido reclama? Volved los ojos á la vencedora Alemania, y ved lo que hace en esas fronteras. Alguna parte de ellas la he visitado este año, y otra parte la visité el año anterior. ¿Qué hace la vencedora Alemania con sus formidables ejércitos de invasión? Pues lo que hace es levantar línea tras línea de defensa; lo que hace es consagrar á fortificaciones una gran parte de los recursos militares; lo que hace es, siendo nación ofensora é invasora por su organización, preocuparse ante todo de la defensiva. ¿Qué hace Francia á su vez, y ésta con más aparente motivo? Pues haber cubierto la frontera Este de fortalezas, dejando abiertos únicamente dos trechos, no muy anchos, para llamar á ellos la invasión; por todas partes se oyen voces de hombres de guerra que piden una gran segunda línea de defensa, y al mismo tiempo aumenta los batallones, los regimientos y las baterías de artillería, y por todas partes se pone á la defensiva.

Y de Italia y de Francia mismo no tengo que decir, sino que, hablando este ve-

rano con un diplomático extranjero de la más elevada categoría, le oí que la primera guerra que hubiese entre Italia y Francia sería una guerra marítima, porque las fronteras de los dos países estaban tan llenas de fortalezas que era lo mismo que si estuvieran separados por el mar. ¿Es éste el momento de pensar en gastar en aumentos de personal, que parecen encaminados á crear una fuerza ofensiva que no necesitamos, los recursos que tanta falta harían para un sistema defensivo de que, total ó casi totalmente, carecemos? ¿Es lícito, si no es que se trata de contentar apetitos personales, es lícito hablar constantemente de cosas militares que no tienen relación ni con las fortalezas, ni con el poderoso artillado, ni con los medios de defensa de que urgentemente está necesitado nuestro territorio?

Y cuando he expuesto yo mi opinión, desde el instante en que se presentaron en el Congreso las reformas militares, de que el fondo de redención no debía ni podría extinguirse, que era una insensatez privar-

se de él, aunque se dedicara por completo, como ha sido siempre mi deseo, á fortificar el país, ¿no expresaba yo una verdad de sentido común y una necesidad palmaria?

¿Qué estado militar es éste que cada día necesita más cuerpos, más hombres, más personal, más empleos superiores, y que parece no necesitar, ni de grandes fortalezas, ni de artillados, ni siquiera del armamento perfeccionado de que todos se ocupan en este instante en el mundo civilizado?

Entiendo, pues, que así el proyecto del servicio obligatorio llamando á las armas más soldados de los que se necesitan, como la creación de muchas más unidades tácticas y las de nuevos regimientos, el cambiar la naturaleza de nuestro Ejército, naturalmente defensiva hasta ahora, en una naturaleza, por decirlo así, ofensiva, descuidando, por falta de recursos, el material de guerra y el armamento mismo, constituyen una verdadera insensatez; y respetando el patriotismo de todo el mundo, no puedo atribuir este error tan grande sino á lo que

antes he dicho; á un total desconocimiento de nuestras necesidades.

Vamos á hacer sacrificios para tener una escuadra que ciertamente necesitamos; hemos hecho ya sacrificios para mejorar la condición del ejército, y dentro de límites razonables debemos hacer cuanto sea necesario; pero en cuanto se haga es preciso tener ante todo presente el estado de nuestro presupuesto. Se trata de un presupuesto con el déficit creciente que todo el mundo conoce, y sin que puedan imaginarse medios extraordinarios para irle cubriendo, como se ha ido cubriendo hasta ahora, y de un país verdaderamente extenuado, que no puede sufrir ningún aumento de tributos, y menos de tributación directa; que, discorde por lo general, respecto á otros puntos, cuando se inquieren los males de la agricultura, unánimemente responde que el principal mal de la agricultura consiste en que no puede llevar las cargas que pesan sobre ella.

Tenemos muerta á estas horas la gallina de los huevos de oro: la contribución

directa, que ha sido hasta aquí la que, no sólo ha sustentado principalmente los servicios del Estado, sino que ha acudido á reparar las desgracias de la Patria; desgracias buscadas, pero que todas han venido á caer sobre esa contribución, y que son las que tienen en primer término al menos, á la agricultura española, en la triste situación en que se encuentra.

Desgraciadamente, con esto y todo, el remedio que unánimemente pide la agricultura del país, es el único que no podrá, y en todo caso sólo en cortísima medida, otorgarse. No digo yo lo que digo para despertar esperanzas infundadas que más tarde serian peligrosísimos desengaños; dígo-lo para exigir que, cuando se está enfrente de un contribuyente extenuado, no se piense locamente en aumentar los gastos del Estado; dígolo para que, ya que no sea posible descargar al labrador español de las cargas que, dígase lo que se quiera, no sufren los labradores en ninguna otra parte, ya que no sea posible aliviárselas, por lo menos no se le aumenten.

Al estado de la Hacienda, poco lisonjero, como antes he dicho, responde por este motivo un estado económico del país más peligroso y alarmante que el estado de la Hacienda misma. Es en vano hablar de naciones cuya Hacienda pública haya tenido una situación aparentemente peligrosa y que se hayan restablecido prontamente. Donde se haya hecho eso es porque el contribuyente era rico; es que donde la Hacienda era pobre el contribuyente era rico todavía, y cuando el contribuyente es rico, eso es fácil de hacer.

En la situación de España, hay que elevar á la categoría de crimen todo aumento innecesario de gastos; el contribuyente no puede con las cargas que sobre sí tiene. Déjémonos, pues, de aspiraciones insensatas; bastante haremos aún en el terreno de la defensa; en el terreno militar, con perfeccionar lo que tenemos sin aumentar las cargas públicas, y, sobre todo, bastante haremos con destinar cualquier esfuerzo extraordinario que aún pudiéramos hacer á las condiciones perma-

centes de todo Estado militar, que casi absolutamente nos faltan hasta ahora.

No quiero decir que el estado del país dependa en tanta parte del aumento de los tributos, que no haya otras razones bien obvias, sobre las cuales no me extenderé porque no quisiera detenerme ya mucho. El Gobierno, y eso es natural, en presencia de la crisis industrial y agrícola que por todas partes se presenta pavorosa, dice que medita los remedios posibles y que trata de hacer cuanto se le ocurra para remediar esos males.

No es de las intenciones del Gobierno de las que desconfío; de lo que yo desconfío profundamente, es de las ideas del Gobierno en materias económicas. No basta á la situación económica de la nación española, no basta que parcialmente, y como haciendo concesiones costosas poco á poco, difícilmente, y comparando cada concesión inevitable que se hace con la dignidad propia, la historia, los principios, los antecedentes, las convicciones, se retroceda un poco de las antiguas ilusiones librecam-

bistas, no basta todo eso, sino que sería necesario para salvar la situación económica del país tener convicciones, en materia de economía política, totalmente distintas de las que tiene el Gobierno. En los principios que dentro del Gobierno se anidan, se podrá tal vez acudir á ésta ó la otra necesidad; pero, sin que haya mala intención por parte de los que aplican esos remedios, no podemos, sin embargo, confiar en ellos, porque, después de todo, se aplican de mala gana, se aplican en contradicción con todo aquello que durante mucho tiempo ha constituido la celebridad y una apariencia de gloria.

El partido conservador, bien se sabe, no es con remedios empíricos y de circunstancias sólo, con los que ha deseado y desea restablecer las fuerzas económicas del país. El partido conservador desea cambiar radicalmente el sistema económico que desde 1868 viene imperando absolutamente en el país; el partido conservador quiere volver á aquella política económica prudentísima que, haciendo todas las con-

cesiones prudentes y convenientes en las tarifas respecto al régimen de la industria, jamás determinó como límite la ruína, sino la prosperidad y el fomento de la industria y del trabajo nacional.

El partido conservador no creerá nunca, porque para creer esto se necesita un fanatismo de secta que ni en pro de la verdad nos parece lícito, que la principal desgracia, ó una siquiera de las desgracias de la agricultura española, consiste en que los labradores, después de trabajar, por lo general, en estéril é ingrata tierra, contando con escasísimos recursos que apenas si les proporcionan los medios indispensables para alimentarse, se dedican á jugar á los naipes. (*Grandes aplausos.*)

Yo de mí sé decir, que lejos de creer eso del pobre trabajador de nuestra patria, que lejos de creer eso del infeliz cultivador de los campos de Aragón y de Castilla, principalmente de todas las regiones secas, aunque á todas las de España alcanza, cuando comparo todas las clases del Estado con las respectivas naciones extranje-

rás, cuando comparo á nuestros sabios más ó menos notorios, cuando comparo á nuestros catedráticos y á nuestros profesores de toda especie, cuando comparo, en resumen, todo lo que entre nosotros trabaja en cierta esfera elevada, con lo similar del extranjero, todavía reservo mi mayor admiración para el labrador español, todavía encuentro que es más igual en virtud, en sacrificios y en laboriosidad con los agricultores extranjeros, que lo somos en cosas de que nos envanecemos. Ya quisiera yo que nuestros filósofos fueran tan iguales á algunos filósofos extranjeros, como lo son nuestros agricultores en laboriosidad, respecto de los agricultores de otros países. (*Aplausos.*)

En medio de este estado del país, que todo el mundo conviene en que es triste, lo mismo los hombres que ocupan el poder que nosotros, y cuando tantas cosas reclaman nuestra atención, así en el orden económico, como en el orden verdaderamente jurídico, y principalmente en el administrativo, parece que hay (¿qué digo parece?)

¡ojalá no fuera más que apariencia! quien todavía espera la panacea de todos estos males del desenvolvimiento de ciertos imaginarios principios políticos, principios que lo parecen y no lo son, que se nos dan como tales cuando no son tenidos por tales en ninguna parte, destinados á agravar los males que sufrimos y á suscitar otros nuevos.

Ya hemos dicho respecto del Jurado mucho de lo que teníamos que decir; lo que falta lo diremos con igual energía.

No será en esta cuestión, que es de doctrina, donde nadie, por mucho que quiera calumniarnos, pretenda que hemos faltado á nuestro deber al defender la sociedad española, y al defender los intereses de la justicia, contra una institución que la ciencia admite como un hecho, que la reconoce como una necesidad allí donde existe; pero que no hay en el mundo ningún hombre serio de ciencia que la considere como una verdadera institución jurídica. Será una institución política, que deba ir con ciertas formas de Gobierno, con cierto es-

tado de régimen público; pero ningún hombre de ciencia cree en parte alguna que sea una verdadera institución jurídica. Nosotros no hemos faltado ni faltaremos á combatir eso con toda la energía que requieren los grandes intereses de la sociedad española, fundamentalmente comprometidos con esa reforma.

Si fuera cierto que se aproximara el debate sobre el sufragio universal, nosotros combatiríamos con igual energía esa otra plaga; plaga dolorosísima que, especialmente entre nosotros, vendría á aumentar la confusión electoral que frecuentemente quita toda realidad al voto público, vendría á acrecentarla en tales condiciones, que no habría nadie que, sin exponerse á justas burlas, pudiera pretender que su resultado representaba en todo caso el voto público.

¡Pues qué! prescindiendo de otras razones que todavía no es ocasión de exponer, en un país como el nuestro, donde apenas hay verdaderas listas electorales, donde casi nadie se muere cuando no conviene á

los caciques de distrito, donde con igual derecho votan vivos y muertos, en un país en que no se han podido formar todavía listas electorales habiendo un sufragio restringido, un sufragio relativamente corto, ¿cómo se han de formar listas de ninguna especie con un sufragio universal? Prescindiendo de toda otra cuestión de doctrina, eso con que se nos amenaza, es la supresión para el porvenir de la posibilidad de que por medio del sufragio, pueda un Gobierno desaparecer del poder.

Si por los vicios de nuestro sistema electoral nuestros Gobiernos no han desaparecido hasta ahora por la virtud propia del Cuerpo electoral, cuando ese Cuerpo sea todavía más vasto, y por consiguiente, más confuso y más indescifrable, cuando sea un Cuerpo electoral compuesto de turbas anónimas; cuando pierda ya toda regla de vigilancia y falten todos los medios de averiguar su certidumbre, será totalmente imposible abrigar la esperanza de que el Cuerpo electoral represente en España lo que es bien que los Cuerpos electorales re-

presenten en los Gobiernos parlamentarios. Entonces se vendrá más y más á lo que no puede negarse, que es la realidad presente; entonces se vendrá, quizá para siempre, al resultado de que en España las palpitaciones de la opinión pública, las exigencias de la verdadera opinión pública, la apreciación de lo que al país interesa en momentos determinados, queda exclusivamente confiado, con todos sus peligros evidentes, á la Corona.

Esto es una realidad ya; pero realidad que todavía pudiera ser remediable, y á que debieran dedicar su actividad principalmente los partidos liberales, puesto que son más exclusivamente hijos de la representación, sin creer en otros poderes anteriores á la representación inmediata del país. Pero si esto no se ha remediado por nadie, y sobre todo por los que más obligación tenían de remediarlo, con la institución del sufragio universal, si alguna vez desgraciadamente viene, no tendrá remedio ya. Repito que entonces será todavía más y más patente que no hay en España

otro intérprete de la opinión pública que la Corona. Estos son todos sus riesgos; pero ésta es la verdad. Y de aquí que, prescindiendo del sentimiento que puedo llamar instintivo respecto á la Monarquía, que anima á todos los conservadores, que prescindiendo de este sentimiento incorporado con el alma, y de que no se puede prescindir aunque se quiera cuando se es verdadero conservador, todavía el partido conservador tiene que ver con un interés más vivo y más creciente que el poder de la Corona se robustezca, que el poder de la Corona se arraigue cada día más profundamente, porque, al fin y al cabo, la Corona representa entre nosotros, no sólo el caudal de los intereses tradicionales y conservadores, sino que representa al propio tiempo la opinión del país. (*¡Muy bien!*)

Gran cosa, pues, ha sido para nosotros el haber antepuesto á todo otro interés político, en el período histórico que todavía estamos atravesando, el interés de que ensanche su base la Monarquía, el interés de

que profundice sus raíces la Monarquía, el interés de la Monarquía anteponiéndolo, repito, á todo cualquiera otro interés político momentáneo. Y en este concepto, bien podemos decir que la situación de España es cada día más consoladora. Yo estoy enteramente seguro, tal es el creciente y merecido prestigio que alcanza la augusta persona que hoy está al frente del Estado, yo estoy convencido de que, aunque no se la hubiera aconsejado este verano su viaje á provincias excepcionalmente prósperas, á provincias que no están sobrecargadas ni extenuadas por la tributación, y aunque se la hubiera llevado á los senos áridos, desolados y pobrísimos de las Castillas, de Andalucía ó de Aragón, por ejemplo, el pueblo español hubiera respondido con igual aplauso. Esto es y debe ser para todo el partido conservador, una verdadera esperanza.

Para lograrlo, cualquier sacrificio de nuestra parte hubiera sido lícito y conveniente; aunque no fuera, como he dicho al principio, en cumplimiento de un mero

deber lo que estamos realizando, sino que hubiéramos hecho verdaderos sacrificios, y en algún caso hemos podido hacerlos de amor propio, bien pagados estarían con el acrecentamiento del prestigio de la Corona, que representa todo lo que he dicho antes para la Patria.

Sinceros partidarios del sistema parlamentario, nosotros damos á los partidos como instrumentos de gobierno una importancia esencial; nosotros no podemos creer en la eficacia de un solo partido; nosotros entendemos que la variedad de las circunstancias, y las necesidades de los cambios de Gobierno, exigen por instrumentos partidos políticos organizados que puedan sucederse en el poder. A esta creencia, á esta convicción profunda, han obedecido los actos más discutidos del partido conservador.

Péro esta convicción fundamental respecto á la necesidad del régimen y los sacrificios que en aras de esta convicción del régimen se hacen, no significan ni pueden significar del modo más remoto, nin-

guna especie de transigencia ó complicidad con los errores de los partidos contrarios. Puede lealmente creerse que un partido no debe continuar gobernando, y, por consiguiente, que la Corona debe apelar á otro instrumento de Gobierno, aunque se crea que este instrumento de Gobierno lleva consigo muchos errores y puede producir muchos males, porque á esta convicción se sobrepone la necesidad política, verdaderamente esencial, de que la Corona pueda cambiar de instrumento. Fundado en esto, he creído siempre y hemos creído todos, que al lado del partido conservador, que representa tantos intereses y tantas tradiciones permanentes del país, era forzoso que hubiera un partido liberal mejor ó peor constituido, con más ó menos acierto, que eso era cuenta suya, pero que lo hubiera.

Desde los primeros momentos de la restauración de S. M. el rey D. Alfonso XII, el partido conservador puso de su parte todo lo que pudo, para que no quedaran fuera de la legalidad los que habían sido

hasta entonces los más encarnizados enemigos de la Restauración, y para que se prepararan con tiempo á disputar el poder á los mismos que habían llevado la Restauración á cabo; después de ella, en todas ocasiones el partido conservador ha creído en la necesidad de un partido liberal fuerte y vigoroso que, en circunstancias determinadas, pudiera reemplazarle en el poder, y circunstancias vinieron, desgraciadamente no hace mucho tiempo, en que se vió la utilidad de que ese partido existiera.

Pero esta cuestión de los partidos exige algunas palabras más, con las cuales habré de concluir esta conversación, ya demasiado larga para conversación, y casi para discurso. (*¡No, no!*)

No puedo entrar, no quiero entrar en disputas sobre el número de los partidos que puede ó debe haber; no entiendo estar llamado á deshacer desde aquí las ilusiones de nadie (*visas*); no quiero presentarme ante el país ó presentar al partido conservador, como uno de tantos que se disputan la presa del poder. Yo no tengo

más que decir fundamentalmente lo que sigue: sea el que quiera el número de los partidos que pueda ó deba haber, sea cualquiera el número de los que en realidad haya en España, sean ó no partidos todos los que lo pretenden (*visas*), que todo esto es ajeno á mi propósito en este instante, ¿habrá alguien bastante insensato en el mundo para negar que todo país, y más un país tan vivamente monárquico como el nuestro, y más un país de tantas tradiciones de orden social como el nuestro, en medio de sus revoluciones, no puede existir sin un partido conservador que tenga sus raíces en la tradición y en la historia?

¿Cabe negar la existencia del partido conservador en España, ni en ningún país que esté en sus condiciones? Pues si esto se reconoce, ¿no es verdad que nadie, ni los más disputadores, nos disputan ya que nosotros somos únicamente los conservadores? Pues si la existencia del partido conservador es un hecho, que no se puede negar, y si no hay nadie que nos dispute ese título, ¿por qué, para hablar familiar-

mente como el caso requiere, meterse con nosotros? Nosotros somos un hecho social, un hecho nacional inevitable. Se puede no formar parte del partido conservador, y ya se ve que no hay nada más fácil (*visas*); pero no se puede negar, ni cabe humanamente negar, la existencia del partido conservador. Pues si no se puede negar esto, nosotros estamos fuera de cuestión en esta controversia acerca del número de los partidos, porque, ¿qué se pretende? ¿Que en lugar de haber un solo partido conservador pudiera haber dos ó tres? No lo niego; pero es evidente que no los hay, que no hay más partido conservador que aquel que está representado aquí esta noche por mis correligionarios.

Hay alguna individualidad respetable, y que por lo mismo yo respeto, que dice que es un hombre conservador y que no está con nosotros. Es posible, no discuto esto; pero ¿hay nadie que se atreva á decir que hay más agrupación conservadora que la nuestra? Nadie. Pues si no hay más que un partido conservador, y si el par-

tido conservador es una necesidad en el régimen representativo, ¿qué tenemos nosotros que ver en la cuestión que se ventila?

¿De qué se trata? ¿Se trata de que haya más de un partido liberal?

Yo no me alegro, porque, deseando que los instrumentos políticos sean verdaderas fuerzas políticas al servicio de la Corona para que ésta pueda cumplir sus fines, no puedo alegrarme de que haya más de un partido liberal; pero, en todo caso, que haya dos ó tres, eso será cuestión de la gran escuela democrática, que éste es su verdadero nombre, no liberal, porque nosotros somos los liberales. Ellos son y quieren ser demócratas, lo cual, como todo el mundo comprende, no es exactamente lo mismo.

Pues bien, ¿quién representa mejor al partido liberal? Tampoco nos toca decidir. Podrá haber entre nosotros quien crea que donde está el antiguo partido progresista, luego constitucional y fusionista, que paso á paso ha ido á parar á la democracia, que donde están hombres como Martos, Mon-

tero Ríos, Moret y Becerra, en suma, todas las personas hasta aquí conocidas como jefes democráticos, está el verdadero partido democrático; pero supongamos que esto sea un error, supongamos que los nombres y la historia que representan esos hombres políticos, no deban servir para descifrar el verdadero carácter del partido democrático. Nosotros poco tenemos que ver con esto, como no sea bajo el punto de vista de la exactitud crítica, y aun, como he dicho antes, de consideración á la robustez de los instrumentos de gobierno de que necesita la Corona para desenvolver la política del país.

Si se tratara todavía de principios, si se tratara de dos partidos liberales en que el uno tuviera principios más avanzados que el otro, verdaderamente nosotros, obligados á preferir, podríamos preferir el que se separara menos de nosotros; pero si al partido gobernante, por declaración suya, no le gana nadie á democrático, ¿quién ha de pretender serlo más? Y serlo menos y estar más cerca de nosotros, ¿no parecería

casi una injuria á los demócratas ardientes, que tan poco cariño nos profesan? Sea en buen hora si no se trata de cuestión de principios, puesto que todos son demócratas, puesto que todos van á apoyar soluciones políticas que nosotros estamos combatiendo, y combatiremos con energía, puesto que todos son nuestros adversarios políticos é igualmente se oponen á nuestros principios, sea en buen hora que gobiernen los unos ó los otros, bajo el punto de vista de sus intereses de partido.

Lo único que nosotros tenemos el deber de consignar es, que cuando las soluciones democráticas no convengan al país, las nuestras, que son las soluciones conservadoras, sean por ley lógica de los Gobiernos parlamentarios, las que las reemplacen. Este es nuestro derecho y nuestro deber; lo demás es cuestión de las fracciones políticas de la gran escuela democrática, que con tanta saña se combaten. Y si pudiéramos, siquiera en las cuestiones de conducta, lanzarnos á preferencias que serían temerarias, y que nos encontraríamos acaso sin

competencia para decidir, puesto que, por lo visto, no estamos seguros al declarar cuál es el verdadero partido liberal de España, si siquiera pudiéramos decidir en las cuestiones personales entre unos y otros, estaríamos obligados á lo que ellos no lo están, que es á ayudar á los unos contra los otros, si bien en las circunstancias presentes tiene para nosotros la preferencia el partido que ejerce la autoridad pública, á la cual debemos tener por nuestras convicciones más respeto, salvo nuestros principios, que á otra agrupación cualquiera.

Pero, como digo, y voy á concluir. ¿Qué medios tenemos nosotros, cuando aun en las cuestiones de principios y de nombres políticos se pretende que nos equivocamos, para decidir respecto de cosas tan difíciles como son la superioridad en la moral, y en la inteligencia y en la consecuencia política? Nosotros no tenemos el menor motivo para creer más moral á ninguna fracción del partido liberal: yo al menos confieso que no tengo el más remoto motivo

para considerar con más moralidad á una fracción del partido liberal que á otra. Mayores motivos ó mayores fundamentos podría haber para decidir, en cuál de las agrupaciones liberales hay más talento y más saber; eso sería menos difícil, pero, por muchas razones, yo me vedaría á mí mismo el entrar en comparaciones.

Y en cuanto á lo de la consecuencia, demasiado enterado está el público para que se necesite que nosotros nos detengamos á examinarlo. (*Risas y aplausos.*)

No sé si con esto que he dicho, que ha sido tal vez difuso (*¡No, no!*), he satisfecho la curiosidad que tenían mis amigos por saber lo que pienso en las circunstancias presentes. Lo he dicho sin pretensiones, de una manera bastante familiar; pero lo he dicho todo, de la propia suerte que ha surgido en mi entendimiento y en mi corazón. No sería justo nadie que fuera de aquí dudara de la sinceridad de mis intenciones; menos se puede dudar de que á toda otra consideración antepongo la del patriotismo, y que más que por nada todavía,

con tener en tan alto concepto las cualidades del partido conservador de España, nada me enorgullece tanto al presidirle y dirigirle por su unánime consentimiento, como la convicción de que ningún partido español, bien que pueda igualarle en otras cosas, que no lo discuto, ninguno le aventaja en amor á la Monarquía y á la Patria.
(Grandes y prolongados aplausos.)

